

COSICAS BATURRAS

(Chascarrillos y cuentos)



—Yapués creer—le dice un baturro a un paisano suyo—que en toa mi vida no hi dicho más que tres mentiras.

—Y contando con la que acabas de decir ahura, cuatro—le respondió el otro.

Cuaderno 3

20 cts.

¡QUE HA DE FALTAR!

—Buen invierno se nos espera; bueno bueno! ya lo güelo yo de lejos, dice el tío Crispín a un amigo suyo.

—¿Por que?

—Figúrate que himos perdido la cosecha, se nos ha muerto la burra y se me ha escapao la mejor hembra de la familia.

—Pues con esta pérdida y hambre no sus falta sino que no tengáis leña pa calentarus.

—¡Ah, Ridiós! En cuanto a esto ya pues estar seguro que con tantas mujeres como hay en casa no va a faltar "leña".

DE VERANEO

—Bueno, pues como este pueblo nos gusta a mi esposa y a mí, decidimos pasar en la posada unos cuantos días.

—Hacen ustedes bien. Mejor que en mi casa, ni en la gloria. Porque como vistas no las hay en lugar mejores; ende aquí verán las tapias de enfrente, como no sean ustedes ciegos.

—¿Y respecto a comida?

—¡Uf! Habrá poquicas en el contorno que guisen como yo. Ya puén preguntárselo a los carreteros, que les hago unas mondonguillas que se chupan los dedos de gusto. Ustedes también se los chuparán. ¡Vaya! ¿Pues y los emás? Con deciles que cuezo los gatos que cualquiá que se los coma jurará que son conejos... De los untos, no se diga; al probales, el más desganau se lame el morro.

—Bien, bien...

—Y tanto que bien. Gocico me dará velos a ustedes rebañar el caldero. No es porque yo esté a delante, pero pa princeses podría guisar, y bien que los accontentaría.

—¿Tienen cristales las ventanas?

—¡Otra! ¿Pa qué? Nadie les dirá nada aunque pongan los moqueros a cuenta e cristales, en el ventano.

—Es que hará frío.

—¡Quiá! Solo a las mañanas, y por la noche. Pero pa eso pueden abrigarse.

—¿Hay aquí carne abundante?

—El día de Corpus, sí, que matemos un carnero. El resto el año pa nada la queremos, porque como por estos montes tampoco hay caza, ya que nos pasemos sin ella, tanto nos da también pasanos sin la otra.

—¡Demontre! Resulta que en este pueblo no hay nada.

—¿Quién lo ha dicho? Ya pué usted icile que miente, que se lo hi dicho yo. ¡Pus señor, bien! Que no han nada... Pan de centeno y patatas, que hacemos unas calderadas... Y algunas veces hasta abadejo tenemos... ¡Míá el cochimandrero, charrador, embusterazo que ha dicho eso, qué manera de desacreditarnos... Ya le digo y que hay personas que debían capolales la lengua. Paice mentira que ustedes hayan sido consientes. No, pus si lo acierto a oír yo...

—Acabemos. ¿Nada más hay aquí?

—¡Jelín! Aun le paice poco... Todo lo quedrían pa ellos los pijaitos... ¿Qué más quién que haiga?

—¡Ah... sí! Calenturas. En este lugar todos hemos tuvido.

—Nos vamos de aquí a escape.

—¡Vayan con Dios! ¡Jesús qué genticica! ¿Pus que quedrían? ¿Que les dáramos el oro y el moro?

LOS ULTIMOS



—Oye, maño, ¿qué tal vas de doctrina?

—Mu bien.

—¿Sabes los artículos de la fe?

—Sí, señor.

—¿Y los sacramentos?

—También los sabía, pero como esos ya se han concluido...

—¿Cómo que se han concluido?

—Sí, señor. ¿No ve usted que el otro día le dieron a mi probecica agüela los últimos?

TODO TIENE ARREGLO

Un caballero que quiere alquilar un piso, pregunta a la portera.

—¿Oiga usted, paga mucho el piso?

—Nada.

—¿Cómo que nada!

—El que paga es el inquilino.

—¿Y tiene chinches?

—¿El inquilino?

—¡Quite usted! El piso.

—¡Ah! No señor. Pero si usted los quiere podemos ponelos.

¡VAYA CON LA CHIQUILLA!

—Madre, paineme, dice una chiquilla de Gotor.

—¿Qué te paine? ¡Demonio de cría esta, ven aquí, me llevas agua al cuello con tu cabeza o tu... de painao!

—¡Míá qué tipo! ¡Ah, desecho, desecho!

No hace más que quince días que la painé y ya lleva una cabeza toda esflochada que paice un erizo.

—¡Míala! ¡Siquía... no ejará de criar algo dimpués de tanto painala!

UNO QUE LO ENTIENDE

Dos baturros acaban de despedirse cuando después de haber andado algunos pasos uno de ellos se vuelve y llama al otro.

—¡Maño!

—¿Qué qués?—responde aquél volviendo la cabeza.

—Que me prestes un duro.

—No pué ser.

—¿Y por qué?

—Porque con el aire no se oye.

POR SI NO LLEGA A TIEMPO

Un hortelano de Montaña baja según costumbre de todos los domingos a oír misa a Zaragoza.

En su excursión le acompaña la burra que por cierto no anda a paso muy ligero.

—¡Arre!—exclama el baturro. ¡Rediez! ¡qué sace tarde!

Pero la burra como si nada. Cada vez disminuye el paso y va de tropiezo en tropiezo.

—¿Sin llevame a caballo tropiezas?—exclama desesperado el baturro.

Por fin, comprendiendo que al paso que llevan no le será posible llegar a tiempo a la iglesia, se encara con la burra y le dice:

—¡Mía que eres terca! ¿Pus no ti dicho que sace tarde? Pero pior para ti, pues si pierdo la misa bajo tu conciencia y a tu cargo irá.

EN LA BARBERIA

El tío Pansa va afeitarse en la barbería llamada de los Valientes.

El dependiente que le afeita, le dice, mostrándole una navaja que, a juzgar por su estado, data a lo menos de dos siglos.

—Ya pué usted estar contento tío Pansa, pues que voy a rasurarle con la navaja que sirvió para los siete niños de Ecija.

Y principia a afeitarse.

O a desollarle que es lo mismo, pues la navaja va tan mal que al poco rato el tío Pansa echa sangre por todas partes.

—Oiga, amigo —dice por fin no pudiendo resistir más—, ¿no tendría por aquí otra navaja mejor?

—Pué que le guste más la navaja de don Pedro el Cruel o de Rabachol..

—Quiá. Mejor será que traiga usted la de San Vicente de Paul o la de Guzmán el Bueno... quizás no estén tan melladas.

PETICION ATENDIDA

La mujer de Juanico era muy aficionada a jugar a la lotería.

Un día compró un décimo y para que la suerte se acordara de ella decidió recurrir al auxilio de los santos.

Al efecto fue a la iglesia y principió a orar frente a la Virgen del Pilar.

Después de haber pedido a la Virgen con gran insistencia que hiciera de manera que saliera premiado el décimo, salió de la iglesia aunque sin apartar la vista del altar y diciendo en voz baja:

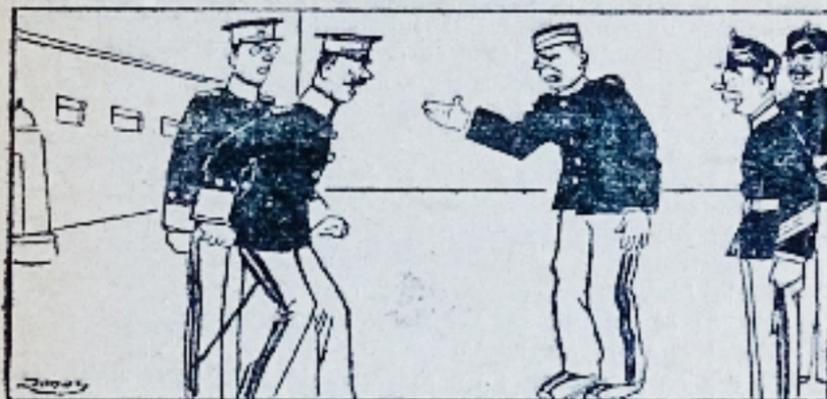
—¡Oh virgen mía! Haced que me caiga.

En esto tropezó y se cayó cuan larga era.

Lo que visto por un chusco por el cual no pasaron desapercibidas las palabras de la mujer de Juanico, exclamó:

—¡Rediez si tié usted suerte! Le pide a la virgencica pa caerse y sa caído, vaya si sa caído.

ASI HAY MUCHOS



—No sabes que el saludo se hace con la mano derecha?

—Sí, mi sargento.

—Pues entonces, ¿por qué te equivocas tantas veces? ¿No sabes dónde tienes la mano derecha?

—No, mi sargento.

—Pues, ¿con qué mano comes?

—Otra, pus con las dos.

¡VAYA UN MOMIO!

Llega un forastero a Teruel y siente curiosidad por ver la tumba de los famosos amantes, pero lo cual se vale de la necesaria recomendación.

El ciccone le exhibe las dos momias, diciendo:

—Esta es la de Isabel y esta la de su amante.

El forastero las contempla un rato y luego exclama:

—Pus, misté, no están maal los amigos, pero me paice a mí que se ha conservado mejor el momio.

¡VAYA UN GOBIERNO!

El sermón de aquel día estaba relacionado con el Antiguo Testamento y el orador sagrado estuvo elocuentísimo, si hemos de dar crédito a la mayoría del auditorio.

Dos beatas comenaban la oración sagrada y una de ellas exclamó:

—¿Qué le paice usted lo que ha dicho el padre?

—No me acuerdo bien.

—Pus que antiguamente iban los hombres sin más ropa que una sortija en el dedo meñique.

—¿Qué escándalo!

—Lo que me llama la atención es que los gobiernos no tomasen cartas en el asunto.

—¡Calle usted! ¡Si los del gobierno hacían lo mismo!

¡POQUITO A POCO!

El candidato recorría el distrito haciendo propaganda electoral a base de ofrecer mejoras para los pueblos de su circunscripción.

El municipio de Villatosca recibió oficialmente al candidato y le ofreció el censo entero a condición de que había de conseguir un ramal del ferrocarril, cosa que era muy necesaria para dar salida a la fruta de aquellos campos.

—Eso es imposible, amigos míos—exclamó el candidato—; hay otra cosa más factible.

—¡Rediez!—dijo el alcalde, que era el más bruto del concejo—. ¡Por lo menos a ver si consigue usted que nos saquen una estación.

EL TERCER GOLPE

El tío Melitón es un cazurre con más conchas que un galápago: si en vez de ser aragonés fuera andaluz, se diría de él que arrastraba la asadura.

Un día se le presenta un matraco de Muel que había ido a Zaragoza a pasar las fiestas del Pilar y ver a una paisanica que vivía en la casa de la que el tío Melitón era portero.

—Diga usted, güen amigo—exclamó el forano, después de los saludos de rúbrica—, ¿haría usted la merced de darle una voz a la Pilarica pa que baje?

—¡Otra! ¡Y cuatro voces, si te parece poca la primera!

Y abandonando el banquillo se asomó al patio y gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Pilara!

Pausa prolongada. Como la aludida no acudía a la llamada, el matraco, poniéndose un poco encarnado, porque temía molestar demasiado al zapatero, le dijo, procurando dar a su petición un tono de amabilidad extraordinario:

—¡Rediela! ¡Si quisiera usted pegale otra voz...!

—¡Pilara!

Otro interregno más largo que el anterior. La Pilara no comparecía al llamamiento.

Y para cortar aquella situación violenta, hizo uso de 'a palabra el forastero en los siguientes términos:

—Amos, maistro, ríete usted, porque en Muel dicen que a la tercera va la vencida. Dimpués nos beberemos un litro de Escatrón.

El tío Melitón abandonó la faena, salió nuevamente al patio y gritó:

—¡Pilara!

Y siguió luego machacando la suela.

Pero como la Pilara no comparecía, el forano, algo escamado, le preguntó al zapatero:

—Maistro, ¿es que no está en casa la Pilara?

—Mañico, si quíes creeme a mí, puedes marchate cuando te dé la gana, porque la Pilara no bajará por mucho que la llames.

—¿Es que tiene otro novio?

—No lo sé.

—¿Entonces por qué charra usted así?

—¡Otra! Porque hace más de seis meses que no vive en esta casa.

UNA ABERRACION

Marianico era el tío más embustero de Mediana de Aragón, donde es fama que hubo un alcalde que prohibió salir a la gente de noche a la calle, bajo el fútil pretexto de que se perdía toda la uva que producía la localidad.

Un día se le ocurrió a Marianico una mentira muy gorda, monumental.

—Mañico—exclamó en el mercado, ante un corro de gente que logró formar en un momento—, vengo del mataero y he visto allí un borrego que ha pesau sus cien kilos muy corrios.

Los circunstantese se quedaron estupefactos y creyendo que decía verdad empezaron a desfilir camino del mataero.

Al verse solo Marianico, pensó:

—¡Rediez! Cuando tantos van a ver ese borrego, pué que síe verdad que está allí... Pus, na, que yo también voy a verlo.

Y se encaminó, como todos, al mataero.

LA LEGALIDAD

Requerido por un pariente, se ve obligado el tío Luterio a ir a la parroquia en busca de una partida de bautismo.

Enemigo de la gente de iglesia, cumple el encargo a regañadientes, pero al fin lo cumple.

—Aquí tiene usted la partida—le dice el sacristán.

—¿Y cuánto te debo?—le pregunta, tuteándole en señal de desprecio.

—Dos pesetas—replica el sacristán—; pero además tiene usted que pagar seis pesetas para legalizarla.

—¡Rediez!—exclama el tío Luterio—. ¿Qué icir que aquí no hacís las cosas con legalidad?

UNA CONSIDERACION

El tío Serapio el zapatero era un bendito de Dios; pero, amigo, llegaba el lunes y se emborrachaba estrepitosamente sin que bastaran quitarle aquel vicio los consejos de la familia y los amigos.

Un día hallaron tendido en la calle a otro curda y varios conocidos vieron la ocasión de darle una lección práctica al tío Serapio.

—Ahí tío usted—le decían—el espectáculo que da un hombre bebido. Es una vergüenza.

Y cuando se cansaron de predicarle, creyendo convencido y arrepentido al tío Serapio, exclamó éste, mirando al borracho:

—Así me veré yo el lunes, si el tiempo lo permite.

¿NISO O NISA?



—M'ha dicho mi padre que la diga que himos tuvido una criatura al amanecer y que es una majica.

—M'alegro. ¿Y qué es, niño o niña?

—Eso sí que no lo sabemos.

—Sí que es raro.

—¿Otra! ¿por qué? No ve que todavía no la himos bautizado.

¿ECHE USTED AÑOS!

Se habla de un hombre que acaba de morir en edad muy avanzada.

—¿Como que era ya centenario!—exclama uno.

—¿Rediez—observa un baturro—con los vocablos que s'is sacáis ahora! ¿Qué es eso de centenario?

—Mañico—le dicen—, centenario quiere decir que un hombre ha llegado a los cien años.

—¿Moño! ¿Pus, entonces, qué edad tienen los que se llaman millonarios?

RECETA EFICAZ

—Conque, ¿cree usted que esta medecina me libraré de muchas enfermedades?

—Sí, señora, sí; tiene tal virtud, que tomándola setenta u ochenta años seguidos, tiene usted la seguridad de llegar a una edad mu regular.

NUEVA DEFINICION

En Geometría está deplorablemente preparado Manolín, y cuando llegan los exámenes se hace un lío fenomenal.

Eso sí; tiene desparpajo y frescura y de ese modo se va defendiendo de las preguntas que le hace el tribunal.

—Vamos a ver—le dice uno de los examinadores—si sabe decirme cómo se forma un círculo.

—¿Un círculo?—exclama Manolín—. Pues un círculo se forma... echando una solicitud al gobierno civil.

QUESTION DE NOMBRES

Un baturro llamado Bartolo fué a vivir a Madrid, y en la casa donde estaba le llamaban siempre Bartolomé, que era un poco más fino. Escribió una carta a un amigo suyo de Aragón llamado Domingo, y al final se firmaba Bartolomé, lo cual, visto por su amigo y no queriendo ser menos, le contestó en estos términos:

—Si porque estás en Madrid te firmas Bartolomé, yo porque estoy en Caspe me firmo Domingomé.

HERENCIA DE FAMILIA

—Con que su hijo no quiere ser un buen chico, formal y.....

—¡¡Ca, hombre!... Ayer mismo perdió en el juego cincuenta duros.

—¡Ah! eso no le debe extrañar a usted, porque debe ser atavismo... Recuerde usted, mi querido don Celedonio, que su abuelo era fabricante de naipes.

LO QUE PUEDE EL VINO



—El médico.—¡Pronto! ¡Éter o vinagre!

—No hay más que esta botella de aguardiente.

El baturro, al percibir en la nariz el olor de aguardiente:

—¡Más abajo! ¡Más abajo!

DIALOGO BATURRO AMOROSO

—¿Sabes lo que te digo, maña? Que has tardau mucho.

—Desemula, maño, pero hi tenido que esperar hasta que se ha acostau mi padre y hoy paice que no tenía sueño.

—¿Rediezla, qué quera! Y tu madre, ¿s'acostau también?

—No, que está cosiendo allá dentro.

—Y el perrico, ¿está suelto?

—Ya está hace una hora durmiendo en la pajera.
 —¿Estás segura de que está en la pajera?
 —Sí, hombre, sí, ¡qué cansau y qué miedoso!
 —No, mujel, no, si no le tengo miedo; lo que es que estoy escamao porque aún no puedo sentáme desde el otro día; no sé por qué, el perrico ese dichoso no pué verme, y en cuanto me ve, ¡zás! se me tira como un lobo con intención de mordéme, y entre tu padre y el perrico a patadas y a bocaus m'han puesto el... revés como un tomate maduro.
 —Vay, vay, déjate de eso. ¿Sabes que hoy ha güelto aquel otro a habláme?
 —Me paice que ese se ha empeñado en que yo le rompa un hueso... y otro a tú.
 —¿A mí? ¿Por qué?
 —A tú por inficla, por embustera y porque paices una hoguera que a tóo el mundo das calor.
 —¿Quién, yo? ¡No seas mambrú!
 —Si tú no lo dieras...
 —Ala, ala, que te pones mu pesau. Lo que le doy son... expresiones y guardo lo otro pa tú.
 —¿De veras, maña?
 —¡Pus güeno fuera!
 —¡Clavelina! ¡Rosálico pesetero!
 —¡Maño mío!
 —¡Melocotoncico fino! ¡Manzanica sanjuanera! ¡Perica en arropo!
 —¡Eh, propasao, no me toques!
 —Mira, maña, es que m'hi entivocao; con este airecico que corre, no se ve bien.
 —Abróchate ese botón, que vas espechugao y eso no está bien.
 —Es que este ojal se m'ha abierto demasiau y el botón es pequenico y no puedo abrochármelo; admeás, como tengo estos dedos más gordos que un cepurro...
 —Trac aquí; mira hancia el cielo... ¡Más, hombre, más!
 —¡Si no puó más, mañica! ¡Ay, qué mañica más final! ¡Si paice de ciertopelo!... ¡Qué aliento más prefumao!
 —No seas provocador.
 —¡Ay, qué rico! Si es mejor que un puchero de estofao... Si...
 —¡Toma, por trapacero!
 —¡Qué guantazol!
 —¿Qué? Te paicia a tú...
 —¡Ay, con qué gusto me comía el estofao y el puchero! Anda, abróchame el botón.
 —Pa qué...
 —Si es que me hacías cosquíllicas en la nuez...
 —Y por eso te agarrabas a... ¡No te suelte otro bofetón!...
 —¡Anda!
 —Güeno, traí aquí; pero te has de estar quietecico, ¿eh? Ya está.
 —Cuando te acercas a mí, me da un no sé qué... que

se me nublan los ojos... me tiemblan las pantorrillas... y me dan unas congojas...

—Y te se alargan las manos una barbaridá.
 —Mujer, eso es por la letricidadá de tus ojos serranos. ¿Te abrocho yo otro botón de la camisa?
 —¡Mambrú! si no gasto botones, si llevó canesú.
 —¿Con broches?
 —Con ¡aretón.
 —¡Rediez!
 —Vay, déjate de tonterías.
 —Pus cuando seas mi mujer te has de poner camisitas con pechera.
 —Bien, entonces justo y razonable será que obedezca todo lo que tú me mandes.
 —¡Y que no m'hi de pasar raticos abrochándote el botón!... Y luego desabrochándotelo y dimpués golviendo a abrochártelo...
 —¿Quiés calláte, Pablico? Porque te vas a sofocar.
 —No tengas cuidao, mujer, que no me sufocaré.
 —¿Que no?
 —No, Peñica, porque ya estoy muy sufocau.
 —¡Que vienen!
 —¡Recancho! ¿Será tu madre?
 —Me paice que no. Ya pués echar a correr.
 —Dame un...
 —¡Que es mi padre el que viene!



—¡Recrístina, si me ha pillao los dedos al cerrar la puerta! Está visto; en cuanto vengo a festejal, de seguro que saigo lisiau. Entre el perrico, el padre y ella, me ponen que da lástima. ¡Ay, maña! ¡Si querrá Dios del cielo que te abroche el botoncico! ¡Qué frío hace! Siento unas punzadicas... Vay, Pablico, vete a dormir. ¡Sólo faltaba ahora pa remate pescar una pulmonía triple!

COSAS DE VECINOS

—Señá Orosa: me manda mi madre a que le diga a usted que si le deja el fuelle.

—Maña, dile a tu madre que el fuelle no sale de mi casa pa naide; que si quiere soplar, que puede venir a soplar todo el día en mi cocina.

SIENDO ASI ME TRANQUILIZO

Llega a Huesca un muchacho de Mozota y consigue entrar de criado en una casa grande.

Como es más bruto que un adoquín, a los pocos días haciendo la limpieza, derriba un valioso jarrón de porcelana y lo hace añicos.

El amo pone el grito en el cielo y exclama desconsolado:

—¿Qué le parece a usted? ¡Romperme un jarrón tan antiguo!

—¡Otra!—observa el criado—. Pus si era tan viejo no hay que apurarse: pa mí que era nuevecico.

EL ARTE DE HACER SOLDADOS

Cuando en Cuba con más brío
ardía lucha horrosa,
una brigada famosa
existió en Pinar del Río;

de un confin a otro confin
de aquella tierra apartada
combatía la brigada
de Cantabria y San Quintín.

Brava, sufrida y marcial,
la tropa, día tras día,
entusiasta se batía

bajo el mando de Bernal,
sin temor a los reveses,
valerosos sin jactancia,
que allí había en abundancia
soldados aragoneses.

Siete entre ellos, según creo,
de Villanueva y de Zuera,
Villamayor, Perdiguera,
Leciñena y San Mateo,

cual de pueblos comarcanos;
eran los inseparables,
y cariñosos y afables
se trataban como hermanos;

ora cargando el machete
o haciendo fuego en guerrilla,
con fraternidad sencilla
hacían uno los siete;

y, al terminar una acción,
en el punto en que acampaban,
siempre los siete se hallaban
en íntima reunión,

comiendo lo que tenían,
comentando lo ocurrido,
nombrando el pueblo querido
que ignoraban si veían,

dando al más listo a leer
la carta recién llegada
de la madre o de la amada,
que a todos daba placer;
gozosos con los azares
de la lucha y de la guerra,
y, aunque pensando en su tierra
y en volver a sus hogares,
satisfechos de arriesgar
la salud como la vida
por una patria querida
que ellos oían nombrar.

Había habido una acción
más que ninguna empeñada,
y, cual siempre, terminada,
charlaban la asociación.

—Pues señor... ¡vaya un dícal!—
decía uno.

—¡Güeno ha sido!—

añadió otro.

—Ya ha podido

convencerse esa tropica—
dijo otro—, que, aunque vinieran
todos los mambises juntos,
mientras no estemos defuntos,
con nosotros no pudieran.

—¿A que no sabís por qué?—
exclamó uno—; y de repente
le contestó otro valiente,
satisfecho:

—Si lo sé.

—¿Por qué?

—La cuenta es cabal;
porque aragoneses semos,
y además porque tenemos
a Bernal de general.

—¿Qué tió que ver?...

—Si nus mete

a ca momento en el fuego,
y, si no triunfamos luego
con una carga arremete,
y pasa como hoy ¡rediez!

que esa maldicida gente
nus presenta solamente
pa uno de nosotros, diez,

Y no se pasan tres días
sin que tengamos función,
ya las cosas de una acción
nus parecen tonterías.

—¡Claro! Tan acosturbrau
tenemos el cuerpo ya...

—Y el general siempre está
alegre y tan bien plantau.

¡Vaya un hombre! ¿De dónde es?

—No sé; andaluz u africano.

—Por lo terne y campechano creí que era aragonés.

—Pus si nus piensa ganar a valor, chasco se lleva; cada ataque es una preba, y no himos de recular;

¡Que una bala nus destroza!... ¿y qué? ¡Alante y no pensemos reblar! —¡Si eso no sabemos los de alau de Zaragoza!

No podemos quedar mal con un jefe tan valiente...

¡Que vea lo que es la gente aragonesa, Bernal!

BROMAS BATNURRAS

—Lorenzo, ¿quién venir con mí?

—¿Ande vas, pues?

—Pus a gastar una gromica que m'acurrído al zampatorras de Miguel; con que si quiés rite un rato ya lo sabes...

—¡Bien! ¡rime yo que pa eso de gromas me las juego con el más pintao! ¿Cuáles dirás tú que le gasté yo antiyer al tío Calabazas?

—No sé cuál podría ser.

—¿Quiés que te la cuente?

—¿No hi de querel?

—Pues ya verás. Había vuelto del campo el tío Calabazas y se había sentao pa comer, cuando en esto voy y llego yo; estábamos hablando y mi hombre acierta a devantarse pa echal un pienso al burro; entonces voy, cojo la silla en que había estao sentau y con mucho desimulo le puse de punta en el asiento una auja saquera de un dedo de larga.

¡Güelve mi hombre de la cuadra, va a sentarse y afegúrate tú...

—¡Ridios qué gracia! ¿Y él no t'hizo nada?

—¡Pus qué m'iba hacer por eso! Una groma es una groma y no iba a tomala en serio.

—Pero esa es mu pesadica, maño.

—¿Con que te paice pesadica? ¡Qué ha de sélo, creatura! ¡Pus entonces qué dices de la que le gasté a Inacio hace dos meses?

—¿Cuál?

—¿Qué no la sabes?

—No...

—Pero hombre e Dios, paice mentira; pus si lo saben hasta los perros! Pus ya verás. Estaba el Inacio con el Pelos y con Leoncio el Cagarrache juando a la barra y echando por tóo su cuerpo unas gotas de sudor como puños, cuando me llego despacio por detrás sin que me viese y ¡cataplúml voy y le echo por el piscuezo un cubo de agua cuasi helada.

—¿Y él qué t'hizo?

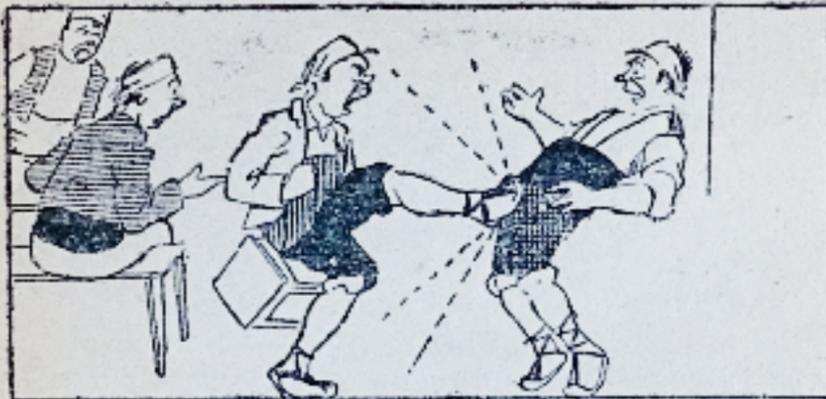
—Pus ná, a los cinco u seis días una pulmonía fluminante se lo llevó al otro mundo.

—¡Probe hombre!

—¡Quiá ha de ser probe! ¡no lo creas! Aun le valió más morirse, pus si no se muere, ¡iba Tomás a gastar otra groma aún pior; ya sabes que él las gasta de mu mal género.

—Ya lo sé. ¿T'ha gastau a tú alguna?

—¿Que si me ha gastau? más de vainte. Un día me echó en el puchero tres onzas de jalapa. Otra vez me pilló una noche el invierno pasao, me ató a un árbol, me desnudó



y me tuvo más de una hora al sereno. Otro día al ir a saltar una cequia me dió un empentón y ¡pum! me caí al agua como un sapo, y me emplasqué de barro hasta el cuello.

—¿Y has tenido paciencia pa aguantalas?

—Otra que Dios, ¿qué iba a hacerle? No ricuerdo haberme enfadau más que anoche, que quiso gastarme una mu requetepior.

—Mala sería; a ver, díla.

—Ya sabes tú que tengo una mujer que me lleva dos dende que nos casemos, siete críos y es mu fácil que cualesquier día de estos me dé otro, porque pa esas cosas se da mu güena maña.

—¡Ya lo creo! ¡Qué me vas a icir a mí, si yo soy primohermano de ella!

—Pus güeno; estaba yo anoche como te digo, en la taberna echando un tute con Pascualón, Miguelico y el tío Terrones, cuando de repente, zás, me dan un golpe en la cocota, me guelvo asustau pa ver quién era, y me encuentro con Tomás que me ice mu serio:—anda, hombre, levántate de ahí corriendo, que tu parienta t'ha dao de un golpe dos criaturas más gordas que dos terneros. Miá tú... m'hizo tal impresión al oír aquello que de un salto me devanté y le pegué una patada en las tripas que aún le estarán doliendo.

—Mu bien hecho. Esa groma a cuaisquiera le hace efeto.

—Que hagan con mí lo que quieran, en punto a bromas pero eso, si me lo guelve a icir otra vez... amos, hombre, que me paice que lo estozuelo!

MONOLOGO

—Pues, señor, me hace gracia lo que me ha dicho el doctor después de reconocermé durante más de un cuarto de hora... Que estuviera tranquilo, porque él me aseguraba que en el estómago no tenía yo nada... Como si eso no lo supiera yo mejor que él... ¡Yo, que hace tres años que estoy cesante!

ASI ES SEGURO

—¿Qué hora tienes?

—Las dos.

—¿Estás seguro?

—Ya lo creo; como que voy con el mediterráneo de Madrid.

ENTRE VECINAS

—A mi hombre le ataca el vino a la cabeza y... suelta cada disparate.

—Pues al mío le ataca a la mano y... ¡suelta cada gofetá!

CUENTO VIEJO

Al hacer el censo de población en un lugar de Aragón, los encargados de él preguntaron a una vecina viuda:

—¿Cuántos años tiene usted, tía Petra?

—Trainta cumplí en Abril último—contesta la inerpelada.

—Es usted más joven de lo que parece—añaden aquéllos, a la vez que apuntan el dato que se les dice.

Pasaron cinco años y vuelven los mismos, para hacer un nuevo censo, a preguntar a la tía Petra:

—¿Cuántos años tiene usted?

—Trainta cumplí en abril último—dice otra vez la inenvejecible vuda.

—Lo mismo nos dijo usted hace cinco años—le objetan los empleados.

—¿Y qué?—replica ella—. ¿Creen ustés que yo soy como otras mujeres que un día icen una cosa y otro día otra?

NO POR MUCHO MADRUGAR...

Reñía un padre a su hijo porque no se levantaba de mañana y dábale por ejemplo, que uno se había levantado de mañana y se había hallado una bolsa con muchos dineros. A lo cual respondióle el hijo: —Pusmiusté, padre, más madrugaría el que la perdió.

Las Grandes Batallas de la Historia

Relato completo de los principales hechos de armas de todos los tiempos, con enumeración de las causas y consecuencias de los mismos :

TÍTULOS PUBLICADOS

La batalla de Sedán.—La batalla de Sadowa.—La rendición de Italia.—La batalla de Mukden.

Se publica un cuaderno semanal

Precio del cuaderno: 25 cts.

CRÍMENES CÉLEBRES

Relatos novelescos de los más famosos crímenes de todos los tiempos, de todas las esferas, de todos los países.

TÍTULO DE LOS ONCE PRIMEROS CUADERNOS

I. El huerto del Francés.—II. El destripador de mujeres.—III. Pranzini, el chulo asesino.—IV. Fualdés, la víctima de su familia.—V. El correo de Lyon.—VI. Troppman, la Fiera Humana.—VII. Chatahede, el asesino salvaje.—VIII. Los hermanos asesinos.—IX. El automóvil fantasma.—X. La secuestradora de niños.—XI. La víctima de su hermosura.

Precio: 20 cts. cuaderno